

# BOLETIN

DE LA

## REAL ACADEMIA GALLEGA

Año XVIII

*Coruña, 1.º de Noviembre de 1923*

Núm. 157

LETRAS DE DUELO

### DON ANDRÉS MARTÍNEZ SALAZAR

¡Quien podía suponer que tan pronto y tan inesperadamente había de verse la Academia Gallega huérfana de la alta mentalidad que acababa de ser unánimemente elegida para guiarla y conducirla por los amplios caminos que nuestros Estatutos abrieron en el surco de la Literatura y de la Historia de Galicia! ¡Y quien había de decirnos que habíamos de ser nosotros los que diésemos cuenta en estas columnas de la muerte de nuestro Presidente insigne D. Andrés Martínez Salazar, para quien guardábamos los mayores respetos, los más íntimos cariños y las mas hondas admiraciones!

Don Andrés Martínez Salazar, sin ser gallego de nacimiento, y precisamente por no serlo, tenía legítimo derecho a la eterna gratitud de todos los gallegos que quieran y sepan ser agradecidos. Hombre todo voluntad y entendimiento, todo amor al trabajo y a la cultura, todo tenacidad y entusiasmo para cuanto había de glorioso en nuestra tierra, era un gallego adoptivo, un gallego de corazón, que hizo por Galicia más, enormemente más que muchos naturales del país que presumen de haberle prestado grandes servicios.

Y por eso le venerábamos; y por eso le queríamos con cariño casi filial, con ese cariño firme, inmovible y callado, que por estar allá en lo más recóndito del alma no suele exteriorizarse bullanguero, ni sale a cada momento a flor de labio, sino que permanece oculto y silencioso, como algo que se lleva dentro y que huye de la exhibición, temeroso de ser profanado.

Su labor de cincuenta y tantos años al servicio incondicional de Galicia fué tanto más meritoria y digna de perdurable recordación,

cuanto que toda ella se encaminó a difundir nuestra Literatura y a escudriñar nuestra Historia, hasta tal punto, que la capital de Galicia, haciendo justicia a sus merecimientos, se había considerado obligada a otorgarle el honroso y bien ganado título de cronista de la ciudad, por voto unánime de la representación popular.

Y ahí quedan como recuerdo imperecedero de sus entusiasmos, de sus arrostos emprendedores, de sus generosidades y de sus abnegaciones, los cincuenta y tantos volúmenes que editó en su inolvidable *Biblioteca Gallega*, por cuya puerta, abierta siempre a todos los nobles anhelos, salieron al campo de la literatura y de la poesía muchos nombres que hasta entonces eran desconocidos y que ahora, gracias a él, figuran en la falange literaria de Galicia; ahí quedan las interesantísimas monografías que publicó, dedicadas todas ellas a puntos de trascendental importancia para nuestra historia; ahí quedan para su gloria y para nuestro orgullo los *Documentos gallegos* inéditos, que dió a luz para esclarecimiento de muchos puntos oscuros de nuestro pasado, y las curiosísimas obras que escribió con gran acopio de datos desconocidos, como la que se titula *El Cerco de la Coruña en 1589*; ahí quedan los volúmenes de aquella famosa revista mensual *Galicia*, que hoy se buscan y se leen con avidez, y en la que, bajo su docta dirección, respetuosamente escrupulosa con todas las opiniones ajenas, se trataban con alto criterio los más complejos asuntos de arte, literatura, historia y arqueología; ahí queda además la reproducción íntegra de la *Crónica Troyana*, códice gallego del siglo xiv que es un verdadero monumento de nuestro léxico regional, y cuya publicación en dos grandes volúmenes constituye por sí sola el mayor servicio que pudo prestarse jamás a la literatura gallega.

Júzguese por todo ello si el Sr. Martínez Salazar no tenía bien merecidos los respetos y las consideraciones que todos los buenos hijos de Galicia le guardaban por justos y legítimos títulos y por propios y personales méritos. Esos títulos y esos méritos fueron los que, a la muerte del glorioso Patriarca de nuestras letras, D. Manuel Murguía, le llevaron por voto unánime a ocupar la Presidencia de la Real Academia Gallega, para cubrir la vacante de aquel gran historiador.

No pudo el Sr. Martínez Salazar desarrollar en nuestra Corporación sus fecundas iniciativas y sus grandes proyectos, inspirados todos en el santo amor a Galicia y a la cultura regional. La enfermedad que le llevó a la tumba minó en poco tiempo su recio organismo de luchador incansable, y fué agotando sus vigores físicos, que parecían tener una fuerza y una robustez indestructibles, haciéndole rendir su inexcusable

sable tributo a la muerte, antes, mucho antes, de lo que nosotros esperábamos y quisiéramos.

Pertenecía nuestro malogrado Presidente al Cuerpo de Archiveros, Bibliotecarios y Arqueólogos. En sus años juveniles vino a la Coruña, destinado al Archivo General de Galicia, y desde entonces ya no salió de nuestra capital, pues aquí prestó después servicio en el Archivo de la Delegación de Hacienda, volviendo más tarde al Archivo General como jefe.

En la Coruña arraigó y en la Coruña formó su hogar, contrayendo matrimonio con una distinguida dama coruñesa, D.<sup>a</sup> Petra Morás, que fué su dulce compañera y que con sus nativas virtudes de mujer gallega supo inculcar en su esposo y transmitir a sus hijos el intenso cariño a Galicia que los gallegos sinceros llevamos siempre con nosotros, como herencia legítimamente adquirida. Y así pudo lograrse que el que era un ilustre astorgano de nacimiento se convirtiese en un ferviente gallego de corazón, que tuvo para esta tierra los más acendrados cariños. Y así pudo darse la feliz casualidad de que nuestro llorado Presidente formase con el finado arzobispo de Tarragona D. Antolín López Peláez y con el insigne orador sagrado D. Marcelo Macías, aquella gloriosa Trinidad Astorgana que tanto y tan brillantemente laboró por Galicia y para Galicia en el campo de la historia, de la literatura, de la biografía y de la elocuencia. De esos tres beneméritos astorganos-gallegos queda nuestro admirado maestro y venerable compañero de Academia D. Marcelo Macías, cuya vida guarde Dios muchos años, y nunca esta gastada frase tuvo más sincera y más sentida expresión que ahora. El Sr. Macías vino a la Coruña para recoger el último aliento de su paisano D. Andrés, pues ambos se profesaban un cariño de verdaderos hermanos.

El Sr. Martínez Salazar, que en Galicia era como una institución, y en la Coruña había creado una familia honorable que le adoraba, murió como tenía que morir: rodeado de todos los respetos y de todas las veneraciones que justamente merecía por su fecunda vida de trabajo. Y en esta hora solemne en que para él acabó todo lo terrenal, bien puede decirse que mientras su cuerpo baja a la tierra, su espíritu queda en el santuario de nuestros recuerdos, como una lámpara votiva que no se apagará jamás y que habrá de servirnos de ejemplo y de enseñanza en tanto nosotros vivamos.

La muerte del insigne publicista no es solo una pérdida dolorosa para su distinguida familia, en la que figuran personas tan queridas para nosotros como su hijo el Académico electo D. Fernando Martínez

Morás y su hijo político el generoso protector de nuestra Institución D. Rogelio García Yáñez, gallego residente en Buenos Aires: es también, y muy principalmente, una pérdida irreparable para Galicia, porque hombres como D. Andrés Martínez Salazar, de su fibra, de su temple, de su honorabilidad, de su grandeza de alma y de su elevación de pensamiento, quedan aquí, por desdicha nuestra, muy pocos... o acaso ninguno.

La Junta de Gobierno de la Real Academia Gallega se ha creído en el deber de enviar a la acongojada familia de nuestro Presidente un mensaje de pésame, no para cumplir la inexpresiva fórmula de acompañarla en su dolor, sino para hacer con ella fervientes votos de tomar como ejemplo las excelsas virtudes y las ilimitadas abnegaciones del ilustre finado, ya que nadie mejor que ella y nosotros sabemos lo que con él hemos perdido, y nadie, por consiguiente, puede sentirlo tanto, ni tan íntimamente, ni de una manera tan honda.

A los que tanto le queríamos fáltannos las doctas enseñanzas de sus vastísimos conocimientos y de sus sabios y prudentes consejos; quedáanos, sin embargo, el recuerdo, que solo morirá con la muerte, de la cariñosa amistad con que nos honró en vida y de la paternal benevolencia con que guió nuestros pasos e iluminó nuestra senda.

Por eso la eterna desaparición de nuestro querido D. Andrés la lloramos como algo propio, como algo que nos afecta y nos hiere en lo más íntimo de nuestro corazón, donde su memoria vivirá mientras vivamos, rodeada de los más intensos respetos y de los más puros cariños.

ELADIO RODRÍGUEZ GONZÁLEZ.